

“Ojos que ven”

Sabemos muchas cosas “incómodas” pero no reaccionamos porque, inmersos en informaciones, no tenemos tiempo para imaginar las noticias que recibimos y, por tanto, no reaccionamos como sería lógico que hiciésemos. Es necesario que, por su magnitud o excepcionalidad, los sucesos se incorporen a la conciencia pública e influyan decididamente en la conducta. Hace años -desde la década de los setenta del siglo pasado- que la comunidad científica especializada advertía sobre los efectos perniciosos que la vida “moderna” -en una humanidad que se incrementa todos los días, a pesar de la moderación resultante de la educación, más extendida en los últimos años, en unas 180 mil personas- producía sobre la calidad ambiental (tierra, mar, aire).

Como Casandra, desoída. Desoída al recordar la investigación y fomento de energías renovables, porque iba en contra de los intereses de los países ricos en yacimientos de petróleo. Desoída al recomendar la investigación agropecuaria y la protección de los espacios verdes, porque podía afectarse la cadena de explotación y distribución que tantos beneficios económicos procura. Desoída al solicitar con urgencia que las industrias procuraran reducir al máximo emisiones nocivas... Y que el transporte de sustancias peligrosas se hiciera con todas las precauciones necesarias... .

Informes y más informes desatendidos porque “molestaban” los planes de quienes marcaban las pautas del desarrollo económico e industrial. En 1992, en la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro se plantearon, con criterios científicos bien contrastados, los grandes problemas ecológicos y

las situaciones que se alcanzarían, algunos potencialmente irreversibles, si no se corregían las tendencias. El impacto de la “Agenda 21” fue muy inferior al que podía presumirse por la importancia y rigor de la Conferencia Mundial.

Y, luego, en el año 2000, la Carta de la Tierra, uno de los documentos más adecuados para facilitar, a todas las escalas, este “saber planetario” que es hoy imprescindible, constituye un instrumento de gran valor que inicia su difusión.

Y, más tarde, en Johannesburgo, Río +10... Aldabonazo, pero lejos todavía del impacto que es cada día más apremiante.

Declaraciones, informes... . Hacía falta -y este es el gran acierto del libro y documental “Una verdad incómoda” de Al Gore- que todos vieran: gobernantes, parlamentarios, medios de comunicación, ciudadanos, estudiantes... “Ojos que ven, corazón que siente”. Es necesario ver y leer el libro, cuyo texto preciso y breve va acompañado de impresionantes imágenes. Es necesario ver y escuchar el documental para, por fin, movilizar voluntades políticas y ahormar comportamientos cotidianos.

¿Será ahora aconsejable, cuando su entorno se vaya atendiendo debidamente, hacer lo mismo con la especie humana, los “ojos del universo”? ¿Será necesario que “veamos” a quienes -todos iguales en dignidad- mueren cada día de hambre, miseria y olvido mientras, también cada día, gastamos, en un sistema desquiciado, 3 mil millones de dólares en armas? Creo que Al Gore ha señalado el camino. Ahora le toca el turno a los humanos, poseedores de la facultad distintiva de pensar e imaginar, de los que el Presidente Kennedy dijo en junio de 1963: “No hay reto que se

halle fuera del alcance de la capacidad creadora de la humanidad”. Hay que actuar para que, como escribe el autor al final de la Introducción, no nos digan un día nuestros hijos: “¿En qué estabais pensando? ¿No os importaba nuestro futuro?”.

Federico Mayor Zaragoza
Abril, 2007